

TEXTOS CINISMO, CÍNICOS GREGOS

Diocles cuenta el caso de este otro modo. Diciéndole uno: «Mándanos, **Diógenes**», sacó un pedacito de queso, y se lo dio que lo llevase. Rehusándolo aquél, dijo **Diógenes**: «Medio óbolo de queso deshizo tu amistad y la mía». Habiendo visto una vez que un muchacho bebía con las manos, sacó su colodra del zurrón y la arrojó, diciendo: «Un muchacho me gana en simplicidad y economía». Arrojó también el plato, habiendo igualmente visto que otro muchacho, cuyo plato se había quebrado, puso las lentejas que comía en una poza de pan.

(Diógenes Laercio. Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres)

Solía hacer todas las cosas en público, tanto las de Ceres cuanto las de Venus, valiéndose de estos argumentos: «Si el comer no es absurdo alguno, tampoco lo será comer en el foro. Es así que el comer no es absurdo; luego ni lo es en el foro». Ejecutando a menudo con las manos operaciones torpes a vista de las gentes, decía: «¡Ojalá que restregándome el vientre cesase de tener hambre!» Atribuyéndosele además otras cosas, que fuera largo traer aquí por ser muchas.

(Diógenes Laercio. Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres)

Tenía por cosa pueril la nobleza, la gloria mundana y demás cosas así, diciendo son adornos de la malicia; y concluía que sólo la república natural es la buena en el mundo. Decía que las mujeres debieran ser comunes, sin tener cuenta con el matrimonio; sino que cada cual usase de la que pudiese persuadir, y por consiguiente que fuesen también comunes los hijos. Que no es mal alguno tomar cosas de los templos, comer de todos los animales, y aun carne humana, como constaba por costumbre de otras naciones, pues en la realidad todas las cosas están unas en otras, y entre sí se participan. La carne, v.gr., está en el pan, y el pan en las hierbas, y así en los demás cuerpos, en todos los cuales por ciertos ocultos poros penetran las partículas y se coevaporan y unen.

(Diógenes Laercio. Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres)

Encendía de día un candil, y decía: «Voy buscando un hombre». Estando en una cena, hubo algunos que le echaron los huesos como a un perro, y él, acercándose a los tales, se les meó encima como hacen los perros.

(Diógenes Laercio. Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres)